

ga de sus desventuras, algo que sin que fuera una protesta, una dura condenación a las iniquidades impetantes, les animara y diera fuerzas para seguir sufriendo, prometiéndoles en los cielos—dado que Él en la tierra nada podía remediar—, el descanso y el bienestar de que en el gran páramo terrestre carecían?

“La causa de Jesús fué indudablemente grande y generosa, sólo que en el correr de los años fue olvidada, transfigurada completamente: lo que ayer había sido bueno, noble y grande, habíase hoy tornado, con el triunfo definitivo que les había asegurado la conversión al cristianismo de un gran asesino, de un hombre siniestramente cruel, el emperador romano Constantino I, llamado tal vez por ironía el Grande, en aquello que se ha dado en llamar, y esto para decir poco, la Edad Media.

“Mucho antes que Jesús viniera al mundo, existieron filósofos grandes por su sabiduría y buenos por los sentimientos de altruismo que los animaban.

“Homero, lleno de dulce misticismo, poniendo a los pobres bajo el amparo del rey de los cielos. Épicteto considerando a todos los hombres sus hermanos y Phoclyde predicando más justicia, más igualdad, y Platón... que es mejor no recordarlo para no herir ciertos sentimientos, para no hacer perder el sosiego a muchos que sus creencias “en el más allá” les reconfortan y dan más larga vida.

“Son muchos los estudiosos, mi buena amiga, que basados en la historia, niegan la existencia de Jesús. Aseguran que fue en el concilio de Nicea (325) donde se creó la personalidad de Cristo, que todo lo que de Él ha llegado hasta nosotros no es más que una bella fábula obra de los primitivos Padres de la Iglesia. De todas maneras, lo que aceptamos de Jesús es su hermosa doctrina,

que después de veinte siglos, pudiendo hoy haber sido la más viviente realidad, no es más que un hermoso ideal, que en un futuro próximo el socialismo habrá llevado a la práctica. Amo la personalidad real o ficticia de Cristo por su anhelo de unir en fraternal abrazo a todos los hombres del universo. Le amo por la magna idea de formar una sola patria, bajo cuya bandera tremole un solo ideal, un solo pensamiento: el amor, practicado con la más estricta reciprocidad, que informa — debo creerlo—el más grande anhelo de todos los hombres libres de prejuicios.

* * *

Oro Sangriento, por el Dr. H. Madinaveitia, F. Sempere y Ca., editores.

“Es un estudio psicológico de la mal llamada fiesta nacional, la cual está tratada bajo sus múltiples aspectos, dando una impresión completa de lo bárbaro del espectáculo.”

Un capítulo:

Cultura que “los toros” suponen

Ya casi por entero se ha consignado la que se escapa, a su pesar, del público taurino.

Heterogéneo, como es y tiene que serlo, conviene en la nota común—circunscribiéndose al gusto del espectáculo—de su no muy culto proceder á él asistiendo.

De otra manera, no puede negarse que a los toros va gente de gran cultura; como espectadora de la fiesta déjasela en la calle hasta que acabe la corrida.

Si no, imposible que se dieran toros.

Cultos, de intelectualidad hasta poderosa son muchos de los que gustan de los toros, mas aparte de algunos bonísimos aficionados y otros que a tanto no llegan, la mayoría del público no puede distinguirse por su nota cultural colectiva.

FUERZA CONSCIENTE, revista ácrata. 30 céntimos número.